

De actualidad

EL HIPOCÁNTARO



En aquella comedia aristofanesca que es “La Paz”, toda ella henchida del soplo de una teología pagana materialista y conservadora—aunque estos dos términos sean convertibles entre sí—se nos cuenta como Trigeo subió al cielo, a libertar a la Paz—a la paz conservadora, ¡claro!—montado en un “hipocántaro”. Monstruo que ideó, o lo sacó más bien de la realidad. Aristófanes. Y llamándose en griego hippos al caballo y cántharos al escarabajo pelotero, el hipocántaro es un “caballescara-bajo”, un escarabajo gigantesco en que puede montar un hombre.

Los criados de Trigeo no encontraban boñiga bastante para alimentar al hipocántaro que había de traer la paz. Ni bastaban los excrementos todos de Atenas, y eso que entonces no era porquería lo que más faltaba en la ciudad de la democracia aristocrática.

Y hoy vemos aquí, como en la Atenas de tiempos de Aristófanes, el culto del hipocántaro, del caballescara-bajo que se alimenta de deyecciones y que escala el cielo, pero el cielo del teatro, un cielo raso bajo techado, para traernos la paz material y conservadora, una paz en que nada tiene que hacer la justicia.

No nos sirve Babiaca ni Pegasó ni mucho menos Clavileño; tiene que ser el hipocántaro, el caballescara-bajo, de paso lento, que anda hacia atrás mejor que hacia adelante y que pone sus huevos en la boñiga.

Porque lo más de eso que llaman, de derecha a izquierda, sentido de la realidad, espíritu reconstructivo, política gubernamental y otros términos así del camelo de la gramática parda no suele ser otra cosa que la materialidad más boñiguesca.

En la Atenas de los caballeros a que celebró Aristófanes el declamar en la plaza pública pidiendo justicia era cosa de demagogos como el botero Cleón. ¿Pues qué, iban a poder montar a la ginetita en el hipocántaro hombres tan de a pie como un botero o un marraguero? Eso de tener hambre y sed de justicia se queda para los que además no tienen muy

seguro el pan de mañana y que no se atienen a lo de Sancho Panza cuando le dijo a su amo: “Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado y sé disimular cualquier injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar”. ¿No les dan casas baratas? ¿Por qué, pues, piden que no se les retenga, contra toda justicia, en la más barata de las casas todas que es la cárcel? ¿No se les da rancho en ella? ¿De qué, pues, se quejan?

El pueblo es ante todo y sobre todo productor. Hasta de consumo. Porque en teología económica—o economía teológica—, el consumo es una producción. Y hasta la muerte. ¿O es que no hay quien al morirse y por el hecho de morirse produce una vacante? El pueblo es ante todo y sobre todo productor y tiene que consumir para poder producir la boñiga de que necesita el hipocántaro que nos ha de traer el cuerno de la abundancia.

Por las Hurdes, baldón de la patria, pasan de vez en cuando con sus carabinas unos carabineros del Reino a arrancar las matas de tabaco que han plantado, para su uso, aquellos misérrimos hurdanos dejados de la mano de España, porque la Tabacalera tiene que apacentar al hipocántaro.

¿Justicia? Sí, la precisa para que el pueblo digiera el pasto que se le da y pueda producir boñiga para el hipocántaro. Las huelgas, por ejemplo, que no sean económicas no son justas. ¿Hay cosa más demagógica que una huelga para fines de justicia? No, la justicia no se debe pedir molgando ni alterando el orden. La justicia se debe pedir... ¿cómo? En papel sellado, ¡claro! Y con procurador. Pedir justicia sin procurador ni papel sellado es anarquía pura.

“Pídase en forma y se proveerá” y aquello otro de “no ha lugar”. He aquí dos fórmulas que suelen sellar las más refinadas extorsiones a la equidad, dos fórmulas de sofistas al servicio del despotismo, dos fórmulas que han nacido de la fermentación de la boñiga para el hipocántaro.

¡Pídase en forma! ¡En forma! Para los caballeros del hipocántaro la forma lo es todo, porque ellos son formales, muy formales. En cuanto al fondo es cosa de boteros y marra-

gueros y peones, gente de a pie, sin pizca de formalidad. Y luego la forma se achica, se diminutiviza y queda en fórmula, que es una fórmula o formilla.

¡La fórmula! Aquí es donde se lucen los caballeros del hipocántaro, los políticos de orden o gubernamentales. Su oficio es el de reposteros de fórmulas, que las hiñen con la boñiga para el hipocántaro. Y a que llaman pasteles. Cuando oímos que esos mozos de la cuadra del hipocántaro están hiñendo una fórmula temblamos como al leer lo de: “pídase en forma y se proveerá” o lo de: “no ha lugar”, ¡y es temblar! Porque la fórmula suele ser el tormento de la justicia, el potro de ella.

Pero el hipocántaro ha ganado a todos las tripas que a falta de corazón les hacen de éste. El hipocántaro es el becerro de oro de hoy. Porque eso de adorar un becerro de oro se queda para pobres desterrados que peregrinan por el desierto en busca de la tierra de promisión. Después que se ha popularizado la invención del papel moneda—que debieron ya haber preludiado los fenicios, los que desamortizaron el secreto sacerdotal egipcio de la escritura para hacer letras de cambio (que para esto y no para cantos épicos se debió de escribir primero)—después de eso el becerro de oro es sólo un símbolo. El hipocántaro no necesita otras oladas, otros sacrificios, que de boñiga. Y para que el pueblo productor dé boñiga bastante se le estruja y se le lamina y se le purga.

¿Justicia? Ese es un lema de demagogos. ¡No hay lugar!

MIGUEL DE UNAMUNO